las destinaron á lugares de *asilo*, para todos los individuos de la misma colonia.

Otra de las medidas tomadas por los extranjeros, de acuerdo con las autoridades de Lima, fué la creacion de un cuerpo de *Guardia Urbana*, para mantener el buen órden en la Capital y tutelar la vida y los intereses de ellos mismos y de los nacionales, contra las insidias de los rateros y malhechores; medida que habia hecho indispensable la absoluta falta de toda fuerza armada en la ciudad, habiendo salido en su totalidad, ejército y fuerza de policía, *celadores*, á acamparse en las líneas de San Juan y de Miraflores. En Lima, casi todas las Colonias extranjeras habian organizado desde años atrás, cada una separadamente, una ó mas compañías de Bomberos, que prestaron siempre grandes servicios á toda la ciudad, acudiendo con solicitud á apagar los incendios doquier que se manifestasen; y precisamente entre estas diversas conpañías de Bomberos se organizó, bien y prontamente, un cuerpo de Guardia Urbana, bajo cuya tutela, mientras existió, la ciudad permaneció siempre segura y tranquila.

El ejército peruano, pues, hallandose colocado en la manera ántes referida, recibió en la mañana del 13 de Enero 1881 el choque de las fuerzas enemigas. Inferior á éstas por lo ménos de un tercio, compuesto en gran parte de gente novicia en el manejo de las armas, y esparcido como estaba sobre una inmensa linea, para cubrir la cual se necesitaba un ejército mucho mas numeroso, se encontraba anticipadamente condenado á una segura derrota; y este fué el único premio que debia y podia coronar la obra disolvente del Dictador peruano.

El ejército chileno se avanzó dividido en cuatro divisiones. Una de 8000 hombres estaba destinada á atacar el ala derecha de los peruanos, mientras que otras dos, fuertes de 7000 hombres la una y de 6000 la otra, debian dirigirse contra el

centro, asaltandolo á la vez, la primera de frente y la segunda de flanco. Una última division de 3000 hombres servia de reserva; y estaba en las disposiciones del General en Jefe, que las tres divisiones destinadas al ataque se encontrasen á una misma hora en sus puestos, á las 5 de la mañana de 13 del Enero, y que rompiesen contemporaneamente su fuego sobre el enemigo. Los enfermos, el personal de la ambulancia y aquellos especialmente dedicados al servicio de los trasportes y bagajes, víveres etc. etc., no estan comprendidos en estas cifras.

Rompiendo cada una su marcha del cuartel general segun la distancia que tenia que recorrer, para encontrarse á la hora convenida en el lugar designado, solo obedeció à la consigna la division que debia operar sobre el ala derecha de los peruanos; y á la hora determinada, á las 5 de la mañana, inició el ataque. Pero dejémosla allí, qué ya tendremos tiempo de volver á ella.

Las otras dos que debian operar de acuerdo contra el centro, llegaron un poco mas tarde: la de 7000 hombres un poco ántes, y la de 6000 poco despues de las seis. No obstante fueron las primeras á conseguir su objeto, y la razon no es muy dificil de encontrarse: eran 13000 contra 4500! El valiente Coronel Cáceres quien mandaba las posiciones peruanas, lamentaba ante todo que un buen tercio al ménos de su pequeña division, era gente totalmente novicia en el arte de la guerra, pues ni siquiera la voz del mando comprendia bien; y veia con dolor que, si no le llegaba á tiempo un indispensable refuerzo, no sabria como contenerla dentro de sus filas, una vez que hubiesen caido bajo la granizada de las balas enemigas, los pocos soldados verdaderos que tenia á sus órdenes. Efectivamente, despues de hora y media de combate, no le quedaba mas que la turba novicia de reclutas: ésta, como era de esperarse, se puso pronto en fuga; y encontrando en el camino la division del ala izquierda que venia demasiado tarde, por fracciones, á su so-

corro, á causa del largo y desigual camino que sus esparcidos batallones tuvieron que recorrer, la envolvió irresistiblemente en su fuga, sin permitirle que disparase un solo tiro.

Son apénas las 8 de la mañana, y la batalla está concluida. No obstante, se oye aun triste y siniestro el fragor de la guerra: es el ala derecha, que comenzó á batirse una hora ántes que las otras, á las cinco, y que está aun firme en su puesto, perdiendo y recuperando alternativamente sus propias posiciones, sin ceder jamas definitivamente. Lynch é Iglesias, el Comandante chileno y el peruano, se baten con igual denuedo, casi con igual valor; pero la gloria no será igual, la gloria será del vencido. Éste no tiene sino 4500 hombres que oponer á los 8000 de su adversario, ya convertidos en 11000 con el refuerzo del cuerpo chileno de reserva; y sin embargo está sereno y tranquilo, está seguro de la victoria: son casi todos viejos soldados los que tiene á sus órdenes, y sabe que con éstos dificilmente se pierde. Pero vedlo detenerse un momento.... ¿Que sucede? Vé venir á lo lejos gruesas columnas de soldados, y por un momento está en duda de si sean amigos ó enemigos: ah! la cruel verdad no tarda en manifestarse; son enemigos; son las divisiones chilenas vencedoras del centro, que se dirigen contra él en soccorro de la division Lynch (1). Dirigiendo su mirada por todas partes, no vé ninguna fuerza acudir en su ayuda: solo descubre en lontananza al Dictador, que cabalga hácia el mar; y

(1) « A las once del dia mas ó ménos se recibió un parte de Linch, diciendo que no podia avanzar, porque su tropa estaba diezmada, rendida de cansancio, y que le mandáran refuerzo para continuar el ataque. »

CARTA POLÍTICA del chileno M. J. Vicuña, pag. 111.

Hay que advertir que Lynch habia recibido ya algunas horas ántes el refuerzo de la division de reserva, como se dice en la misma *Carta política*, en la pag. 106, y como se deduce del parte oficial del General en Jefe del ejército chileno.

lo hace alcanzar al instante por un ayudante suyo, para pedirle un inmediato socorro. ¡Inútil tentativa! El ayudante vuelve, y le comunica que el Dictador, atontado, le hace saber que todo está perdido, y que vale mas retirarse. – *¡Pues bien! yo no me retiraré,* esclama el valeroso Iglesias, *yo lucharé mientras pueda.* – Y lucha como valiente contra todo el ejército chileno, que ya ha tenido el tiempo de reunirse á la division Lynch. Lucha retrocediendo con sus diezmadas fuerzas hasta la cumbre del *Morro Solar;* y una vez alli, lucha siempre sin tregua ni reposo hasta las dos de la tarde, á cuya hora, rodeado por todas partes por el ejército enemigo, cae prisionero junto con todo su Estado Mayor y con todos los soldados que le quedan. No son mas que 1800; los otros 2700 han muerto: ¡han muerto batiendose durante nueve horas contra todo el ejército chileno, es decir contra mas de 20,000 hombres! Iglesias, vencido, prisionero, fué el héroe de la jornada.

El cuerpo de reserva colocado por Piérola en el cuartel y en los alrededores de Chorrillos no entró en batalla. Tenia la consigna de no moverse sin órden de la Superioridad; y la única órden que recibió, despues de la derrota del centro, fué la de retirarse á Miraflores. Informado ya de la derrota del centro, el Jefe de dicho cuerpo, Coronel Suárez, responde que seria mas oportuno acudir en socorro del ala derecha, y pide la modificacion de la órden en este sentido. No: se le comunica por segunda vez la órden de retroceder – única disposicion emanada del mando en Jefe del Dictador durante toda la batalla – ¡y necesario le es obedecer! Solo un pequeño batallon de este cuerpo se avanza de *motu propio*, á despecho de la órden contraria, en socorro del ala derecha que valerosamente se bate aun: pero apénas salido de Chorrillos se encuentra con la gruesa division chilena vencedora en San Juan, la que, flanqueando el

Morro Solar á la espalda de Chorrillos se dirije contra aquella misma ala derecha, á cuyo auxilio acudia él, y queda hecho trizas. Tan solo escaparon á la destruccion general de dicho batallon, unos cuantos soldados que durante la derrota, ó retirada, consiguieron refugiarse en la estacion del ferro-carril, situada en las puertas de Chorrillos, en donde intentaron hacer resistencia á la ola impetuosa del enemigo, y en donde rodeados por todas partes, en breve tiempo fueron hechos prisioneros.

Hemos dicho ya que el otro cuerpo de 4000 hombres, que formaba el ala izquierda entre San Juan y Monterrico Chico, tampoco tomó parte en la lucha. Cuando se pudo apercibir que se habia quedado aislado, y que el enemigo se aglomeraba contra las otras posiciones de la línea de defensa, decidió de por sí, á falta de órdenes del Jefe superior, de correr en ayuda del centro. Pero diseminado como se encontraba en una larga zona, y animado del deseo de llegar pronto en auxilio del centro, del cual lo separaba una gran distancia, no se recogió en un solo cuerpo para marchar unido y compacto contra el enemigo: suponia que su línea de defensa estuviese aun libre, y que no tendria que entrar en accion sino cuando estuviese ya incorporado á la division del centro, en las posiciones de San Juan; y se dirijó allí por fracciones, en el órden en que se encontraba en sus extensas posiciones. Pero era tarde; las colinas de San Juan estaban ya en poder del enemigo, quien, habiendo desalojado de allí al resto de la division peruana que las defendia, se adelantaba muy numeroso en su persecucion. La division del ala izquierda se encontró pues, por pequeñas fracciones, con toda esta gran multitud de gente, entre amigos y enemigos, que corria hácia ella: y no siendo posible que cada una de estas fracciones, separadamente, resistiese á un choque tan fuerte y violento, fueron todas ellas envueltas y arrolladas, á medida que el encuentro tenia lugar, en la confusa carrera de vencidos y vencedores, sin que les fuese posible oponer resistencia alguna ni disparar siquiera un solo tiro.

De los 16,000 hombres que formaban el ejército peruano, solo entraron en accion los 9000 del centro y del ala derecha; de los cuales, por cierto, no se podia esperar que resistiesen invenciblemente al choque de 24,000 chilenos, que marchaban contra ellos en filas fuertes y compactas (1). Ésto se debió principalmente, tanto á la mala colocacion que habia sido dada al ejército peruano, como á la manifiesta y completa incapacidad del Dictador, en el momento de la lucha. Creia que para ser el General en Jefe y supremo director de una batalla, bastára simplemente querer, y se engañó. Visto por el resultado la insignificante nulidad de sus fortificaciones; y visto que el enemigo pasaba ileso por encima ó á un lado de sus famosas *minas automáticas*, desaparecieron todas sus ilusiones y perdió toda la ciega confianza que tenia en sí mismo. Tal vez un momento de lucidez le hizo entreveer entónces toda la enormidad de sus errores, á la par que su gran responsabilidad ante su desgraciada patria, tan estupidamente sacrificada por él; y saboreó tal vez, un largo y terrible momento de congoja y de remordimiento que lo postró. Incapaz de tomar medida alguna, se paseaba taciturno y abatido detrás de la agitada línea de batalla, entre San Juan y Villa, sin jamas recordar ni siquiera que era el General en Jefe de su ejército, y sin jamas pensar en dar una órden cualquiera. La derrota de la division del centro, vino á sacudirlo

(1) Por ambas partes, Chile y Perú, se ha buscado siempre en sus diversas relaciones, aumentar enormemente las fuerzas del adversario: sin embargo, nosotros, guiados por noticias de las mas ciertas y seguras, podemos garantizar la exactitud de las cifras que hemos asignado á los ejércitos respectivos.

violentamente de su letargo: pensó que todo estaba perdido, y tomò solicitamente el camino de la playa, para volver á Lima. En este momento y en este estado de ánimo encontró al ayudante que le pedia los refuerzos para la division de Iglesias; y le contestó lo que él pensaba, es decir, que todo estaba perdido; y continuó su camino. Despues, la vista del cuerpo de reserva que estaba mas allá de Chorrillos, dió otro giro á sus ideas: se recordó que le quedaba aún la segunda línea de defensa de Miraflores; y recobrando su antigua confianza, dijo á sí mismo: *si hoy he perdido en San Juan, venceré mañana en Miraflores;* y pensó conservar para la segunda batalla, la division de reserva que tenia delante de sí. De aquí la órden mandada á Suárez, despues rigurosamente repetida, de replegarse sobre Miraflores.

A las *once* de la mañana, todo habia concluido en la llanura entre Monterrico Chico y Chorrillos. Los derrotados fugitivos de San Juan estaban ya detrás de la segunda línea de Miraflores, en union de los del ala izquierda y de la division de reserva que el Dictador hacìa mover en retirada: la lucha se habia localizado sobre la alta cumbre del *Morro Solar*, donde sola y unicamente seguia aun. Chorrillos estaba desierto: ya no habia allì un solo soldado peruano; no habia nadie; casi todos sus habitantes habian huido. Solo quedaban algunos extranjeros ajénos á la lucha, neutrales, que poseian en Chorrillos sus establecimientos comerciales, y que, temerosos, se refugiaban, quienes en sus casas, quienes en la playa del mar: sabian que los chilenos ocuparian de un momomento á otro la ciudad, terminada que fuese sobre el Morro la insostenible resistencia de Iglesias; y recordando los tristes acontecimientos de Tacna y Arica, tenian miedo: pero no querian, no podian abandonar completamente sus casas de comercio, aquellas propiedades que representaban el fruto de tantos años de trabajo, de economías y privaciones; y permanecian allí,

fiados en la esperanza de que los chilenos sabrian respetar su carácter de extranjeros neutrales.

A las *dos* de la tarde, como hemos dicho, todo habia concluido tambien en el *Morro*. Iglesias habia caido prisionero en union á los escasos restos de su division; y ménos de media hora despues, las primeras columnas de las tropas chilenas, que á paso acelerado descendian por las áridas faldas del Morro, invadian las desiertas calles de Chorrillos, mientras otras ocupaban el cuartel situado á poca distancia, que ya desde algunas horas ántes habia abandonado la division de reserva del ejército peruano. A las *dos y media*, el General en Jefe, Baquedano, y el Ministro de la Guerra, Vergara, que representaba al Gobierno chileno, se hallaban tambien en Chorrillos, admirando estáticos en union á sus ayudantes y secuaces, los hermosos palacios (*ranchos*), que con sus elegantes terrazas morescas, y sus floridos jardincillos cerrados por macizas verjas de hierro dorado, daban al conjunto aquel aire fantástico, encantador, grandioso, del cual tanto habian oido hablar en Chile, y que tan fielmente anunciaba la decantada riqueza de los ajuares y de todas las elegantes superfluidades de las habitaciones. La naturaleza y el arte rivalizaban en belleza y magnificencia á los atónitos ojos de la numerosa comitiva, que marchaba dueña y señora de aquella inmensa *alhambra* de la aristocracia peruana; que sentia hervir en su corazon todas las pasiones de la patria lejana, contra los odiados poseedores de tanta delicia; que sentia saltar en su ánimo toda la alegría del afortunado vencedor, que habia conseguido finalmente plantar su férreo pié sobre el trémulo cuello del odiado hermano y rival. Pero el tiempo urgía: la hora de la vengadora cólera estaba próxima: y ántes que aquella sonára, era necesario reposarse del cansancio y de las fatigas del dia.

La numerosa cabalgada de los conquistadores se separó hácia

las *tres;* y mientras el General en Jefe buscaba un poco de reposo, en union al Ministro y al ex-Plenipotenciario Godoy, en el *rancho* de un pariente de la distinguida esposa de éste (peruana), otros invadieron el del ex-Comandante de la *Union*, García y García.

Breve fué sin embargo su reposo, grandes llamas y gruesas nubes de humo les advirtieron bien pronto, que la venganza chilena comenzaba, y que era hora de dejar libre el campo á sus terribles ministros (1).

A las 5 el Ministro de la Guerra abandonó Chorrillos, mientras el General en Jefe pasaba á ocupar el gran palacio de Pezet, de donde lo desalojaron nuevamente las llamas á las 10 de la noche, viendose obligado de este modo á pasar la noche en el cuartel, convertido en hospital.

Desde cerca de las 5 de la tarde, todo Chorrillos se habia

(1) « Ya no habia enemigos que combatir.... Era necesario solazarse, tener momentos de espansion y de descanso, ántes de volver de nuevo á sufrir las ríjidas prescripciones de la disciplina y el fatigoso servicio de la campaña.... El ejército de Chile se habia cubierto otra vez de *inmarcesible gloria* (!); era muy justo pues celebrar dignamente tan grato acontecimiento. Parece que éste fué tambien el espíritu que animó al General en jefe; pues en lugar de hacer tocar reunion á los innumerables y desordenados grupos de soldados de distintos cuerpos que andaban diseminados por la poblacion, se dió largona, tanto á los que estaban en la ciudad, como á los que seguian penetrando en ella, y se llevó la imprudencia y el descuido hasta el estremo de no ordenarles dejar las armas en sus cuarteles ó campamentos. Las consecuencias, como era natural, fueron fatales. La mayor parte de las casas de Chorrillos, verdaderas mansiones de placer y de recreo, poseian abundosas y bien surtidas despensas. Los despachos de donde *se habia sacado el petróleo y el aguarras*, contenian tambien centenares de botellas de toda clase de licores.... Luego principió el reparto.... »

El Mercurio, periódico de Valparaiso, del 22 de Marzo 1881. – Relacion de su corresponsal en la campaña.

convertido en horrendo teatro de rapiña, de orgia, de sangre y ruinas: una verdadera caldera del infierno.

Grandes y pequeñas bandas de soldados armados y en desórden, se diseminaron en un momento por toda la pequeña ciudad. Mientras unos corrian á las *pulperias,* á las tiendas y á los almacenes, otros hacian saltar á tiros las cerraduras de las puertas, y entrando en las casas las recorrian rápidamente de arriba abajo: si encontraban alguno, lo mataban; y si el aspecto general de las habitaciones era pobre y mezquino, daban fuego, y se iban (1). Si por el contrario anunciaba riquezas y opulencia, las cosas cambiaban de aspecto: escudriñando en todos los rincones, registrando todos los muebles, poniendo todo en horrendo desórden, se apoderaban de todos los pequeños objetos preciosos, y de todas las mas ricas telas que encontraban, haciendo cada uno á toda prisa su respectivo paquete. En seguida, á la dispensa y á las bodegas; y cargados los soldados de comestibles, de vinos y de licores, acorrian todos á los dorados salones, donde comenzaba inmediatamente la mas infernal barahunda que se pueda imaginar. Quien echado en los sillones ó en los muelles divanes del mas fino damasco, quien sentado ó extendido sobre las aterciopeladas alfombras de Persia; se comia, se bebia, se cantaba, mientras otros se divertian en tocar á locas las teclas de los pianos, en romper los cuadros, en destrozar los muebles,

(1) Testigos oculares nos refirieron que, para incendiar, los soldados chilenos empleaban ciertas bombas de pequeñas dimensiones, de materias inflamables, de las cuales se hallaban provistos; y que lanzadas con fuerza estallaban produciendo instantáneamente el incendio. Si fuese verdaderamente así, ésto serviría á probar una vez mas, como diremos mas adelante, que el incendio de Chorrillos fué cosa largamente estudiada y preparada; porque solamente de este modo podria explicarse como sucediera que los soldados chilenos se encontrasen provistos de semejantes bombas, que no podian servir para ningun otro uso.

en dar fuego en uno ó mas extremos de la casa, para que tuviese tiempo de crecer y tomar incremento, mientras ellos estaban en los salones haciendo su infernal jarana. Entre tanto los vinos generosos, y los licores escogidos de los cuales las ricas bodegas estaban bien provistas, producian su efecto; y crecia la algazara, crecia la orgía y el *bacanal*. El soldado chileno, el *roto*, al cual no frenaba ya la disciplina militar, daba cada vez mas rienda suelta á su estúpida brutalidad y á la ferocidad de su carácter; y comenzaban las disputas, las querellas, las riñas: de aquí, mano al *corvo* ó al fusil; y á degollarse, á matarse entre ellos, hasta que las primeras llamas del incendio, penetrando en los salones, no los echase de allí (1). Los muertos, los heridos, aquellos cuya embriaguez era completa, eran presa de las llamas, mientras los otros salian á continuar su disputa en las calles, donde se oian numerosos disparos como en una batalla, ó á forzar nuevas puertas y á comenzar de nuevo en otras casas.

Y ésto duró sin interrupcion toda la tarde, toda la noche, y toda la primera mitad del dia siguiente: desde las 5 de la tarde del 13, hasta el mediodía del 14, hora en la cual el desbandado ejército fué llamado á las filas; y á comenzar de la cual, sin cesar jamas completamente durante varios dias consecutivos, la nefanda obra de destruccion fué continuada solamente por simples grupos mas ó ménos numerosos de soldados desbandados, hasta que en Chorrillos y en sus alrededores no quedó piedra sobre piedra.

Y todo ésto á la vista del General en Jefe, del Ministro de la Guerra, y de todos los jefes y oficiales superiores é inferio-

(1) El corresponsal en la campaña del periódico *El Mercurio* de Valparaiso, hace ascender de *trescientos* á *cuatrocientos*, el número de soldados chilenos que se mataron entre ellos en Chorrillos, en la noche del 13 de Enero, entre el furor del saqueo y de la orgía.

Véase: EL MERCURIO del 22 de Marzo 1881.

res del ejército chileno (1). Éstos se hallaban allí, quien dentro, quien á las puertas de Chorrillos, viendo y escuchando todo, y no haciendo jamas nada para llamar al órden á sus soldados; y si al mediodía del 14 se ocuparon en recojer los desorganizados batallones, fué solamente por temor de una sorpresa del enemigo y para prepararse á la nueva batalla del dia siguiente, no para poner un freno á los bárbaros excesos del ejército, no para hacer cesar el saqueo y la destruccion, que, como hemos dicho, continuaron á ser ejecutados sin interrupcion por pequeños pelotones de soldados, así llamados dispersos, sin que jamas se les impidiera hacerlo, aunque ésto sucediese á

(1) « A las dos y media de la tarde cruzabamos las calles de la elegante y bonita villa de Chorrillos.... Esperabamos al Ministro de la guerra; no tardó en llegar. Apénas habia pasado una hora, cuando empezamos á notar un gran desórden: roturas de puertas, saqueos de tiendas y algunas casas ardiendo ya.... Era el principio de un gravísimo mal, cuyas consecuencias podian parar en una catástrofe nacional. Fácil, muy fácil habria sido contenerlo al principio. Sin embargo, ni el General en jefe, ni los Generales de division, ni los Comandantes de brigada tomaban ninguna medida.... El desórden de Chorrillos habia llegado al máximum del desborde y de la desmoralizacion. El saqueo y la borrachera, el incendio y la sangre, formaban los cuadros de aquel horrible drama. »

CARTA POLÍTICA del chileno Manuel J. Vicuña, pag. 117 y siguientes.

« La noche iba cerrando, y las calles de Chorrillos, alumbradas por el fulgor de cien incendios, semejaban un fantástico cuadro de escenas del infierno.... De pronto resonaron algunas tiros: eran de soldados chilenos que disputaban entre sí.... El siniestro resplandor de los incendios alumbraba solo repugnantes escenas de orjía y de esterminio.... Al siguiente dia continuaron los desórdenes.... Pero el General en jefe no tomaba ninguna determinacion séria, con el fin de que cesáran aquellos repugnantes desórdenes. Parecia que pensaba dejar marchar las cosas, y permitir que en la noche del 14 se repitieran las escenas de la del 13. El Ministro de la Guerra le indicó entónces que sería conveniente reorganizar el ejército á fin de marchar inmediatamente sobre Lima, y que era necesario recojer por cualquier medio aquella gente desbandada. »

EL MERCURIO, periódico de Valparaiso, del 22 de Marzo 1881 – *Relacion de su Corresponsal.*